

UN ASESINO EN SERIO

- Buenos días, soy el asesino en serie.
- Buenos días. ¿Acaba de entrar o ha pasado la noche dentro?
- Esos detalles pertenecen a la confidencialidad de un asesino que se precie.
- Perdone, no quería molestarle.
- No es molestia.
- ¿Cómo desea asesinar, con el estómago lleno o vacío?
- Como prefiera. Yo no tomaré nada; por las huellas, ¿sabe?
- Se nota que es profesional y cuidadoso. Usted beba y coma, que ya pondré el lavavajillas antes de que proceda.
- Se lo agradezco: mi profesión está cada vez peor vista y muy mal pagada.
- ¿Y cómo me va a asesinar? No veo nada en sus manos o algo que asome por su ropa.
- Aprovecho lo que encuentro en los hogares: un cuchillo de trinchar, un machete de desbrozar, hachas y alguna que otra catana.
- ¡Beba y coma, hombre! Está usted en su casa.
- Gracias. Es la primera vez que me atienden tan bien; siempre son gritos, carreras, peleas y desagradecimientos.
- Gente sin estilo hay en todos los sitios. ¿Y cuántos lleva, si se puede decir?
- ¿Contándole a usted?
- No sería justo incorporar a un vivo en la lista.
- Tiene razón. Son treinta y seis.
- No está mal.

Ambos desayunan convenientemente.

- Pues nada, tendré que asesinarle ya. ¿Dónde guarda los cuchillos, los grandes?
- Ahí, en el aquel cajón.
- Por cierto, que estoy un poco mareado.
- Serán los nervios: una nueva víctima siempre conlleva una incontenible emoción.
- Pero también tengo náuseas, mal estar.

Y el asesino se desploma al suelo, inerte, con los ojos abiertos y con espuma en la boca.

- ¡Aficionado! Ciento setenta y nueve: yo sí que soy un asesino en serie... y en serio.